

Salado, el 11 de noviembre de 1743, y dista de la Parroquia algo más de una legua (hoy Córdoba).

Juan de la C. Congote

Estos datos fueron extractados de un informe que el Pbro. Dr. Juan Salvador de Villa y Castañeda rindió al Obispado de Popayán el día 6 de junio de 1771.

UN PROCER

Sr. Presidente de la Academia Colombiana de Historia.
—Bogotá.

Yo, Guillermo Jaramillo Btos., ciudadano colombiano, mayor de edad y vecino de Medellín, manifiesto por su conducto a la H. Corporación que preside, lo siguiente:

Don Antonio Vélez obtuvo el grado de coronel en las milicias patriotas y rindió su vida en el patíbulo durante la **Pacificación**. Fué casado con Doña Rufina Carbonell, hermana de D. José María Carbonell, Presidente de la Junta Patriótica de 1810, sacrificado en la misma época. De este matrimonio nacieron tres hijos: Miguel, que murió combatiendo en la batalla de Jenoy; Tomás, que estuvo en el Sitio de Cartagena, y, a consecuencia de enfermedades contraídas en él, murió emigrado en Jamaica en 1816, y FRANCISCO DE PAULA VELEZ, uno de los padres de la Patria, a quien se refiere este estudio, que vino al mundo en Bogotá el 16 de agosto de 1795.

Previo la dispensa requerida por los reglamentos militares, recibió Vélez los cordones de cadete el 31 de agosto de 1812. El 6 de diciembre del mismo año fué ascendido a subteniente, por su comportamiento en la campaña contra los realistas en Pamplona y Cúcuta.

Con el 4o. de línea, mandado por Atanasio Girardot, batió al español Correa en la angostura de La Grita, y fué ascendido poco después a comandante del cuerpo, en el cual hizo la campaña libertadora del año 13.

Combatió en Agua-obispos, Taguanes, Puerto Cabello y El Bárbula, donde su jefe pasó a la inmortalidad. El 4o. de línea tomó el nombre de "Batallón Girardot" y el mando fué confiado a Vélez, con el título de teniente primero con grado de coronel.

Por su comportamiento en "Las Trincheras" recibió el diploma y la estrella de Libertadores de Venezuela. Tenía 18 años de edad.

Fué herido pero vencedor en Birijima; contribuyó a la derrota de los realistas en Araure, y en batallas posteriores fué ascendido a capitán efectivo con grado de teniente coronel.

Por el insuceso de las armas patriotas en Venezuela volvió a su patria, y en las campañas de La Costa recibió el mando del batallón Tunja.

Durante el Sitio de Cartagena en 1815 defendió el Cerro de La Popa, y ordenó el fuego, en la retirada, de uno de los barcos que abrían el paso a los demás.

Cuando perecía en las playas de Jamaica, fué recogido y salvado por el Sr. James, juez de paz de la isla.

De ese lugar salió para encontrarse con Bolívar en Los Cayos, y se le confió el mando del nuevo batallón Girardot, en la segunda expedición a Venezuela, que zarpó de Haití el 30 de marzo de 1816.

En la goleta "Decatur" sostuvo el fuego más vivo en el combate naval de Margarita.

Por orden del Libertador, desembarcó en Río-Caribe, con ocho oficiales de menor categoría, derrotó a trescientos españoles que tenían la plaza, y formó un batallón.

En la batalla de "Aguacates", contra Morales, recibió una herida en un hombro.

Fué uno de los de "la retirada de los cuatrocientos" de Ocumare a Barcelona.

El batallón Girardot fué el primero en romper a bayoneta la línea enemiga en Onoto.

En el combate de Quebrada-honda recibió un balazo en el pecho, cerca a la tetilla izquierda. En el de Alacranes recibió una herida de arma blanca en el brazo izquierdo, y luego salvó la vida a los prisioneros, condenados a muerte según las normas de la guerra.

Después del combate de Barcelona, en 1816, fué ascendido a coronel efectivo de infantería, y escogida su tropa para la conquista de Guayana. Allí peleó en diciembre bajo las órdenes de Piar, pero cuando se dió cuenta de la conspiración contra Bolívar, fué leal a éste.

En el segundo combate de Barcelona, del 5 de abril en adelante, salvó a los compañeros en la defensa de

la casa fuerte, pero se quedó solo y fué hecho prisionero. No pereció porque se respetó su valor.

Fuó enviado con cadenas a las bóvedas de la Guaira, donde, en varios meses de sufrimientos, perdió la salud para toda la vida.

A empellones fué llevado a Caracas, donde el General Moxo lo condenó a muerte, y no fué ejecutado por su estado de salud; se repitió la orden de ejecutar la condena cuando mejoró, pero Moxo salió en campaña y el oidor la aplazó.

Burló la vigilancia de los carceleros y cuando vino orden de Morillo para que se le fusilase, conspiraba desde su escondrijo.

Llegaron noticias a oídos de los realistas y ofrecieron doce mil pesos al que lo entregase vivo o muerto. Las rondas lo obligaron a salir, y de aventura en aventura, llegó a San Fernando, se incorporó en el ejército y peleó en 1819 y parte de 1820 hasta la victoria de Cantaura.

Condujo un parque valioso por El Meta, que fué repartido en diferentes cuerpos de los Llanos.

Fuó elegido jefe de una columna del ejército y con ella guardó las fronteras de la Nueva Granada contra las amenazas del General Latorre.

Terminada la guerra y constituida la República, recibió sus cartas de retiro y en compañía de Nariño llegó a Bogotá a principios de 1823, después de diez años de campaña y de padecimientos.

Se encontró solo, porque su familia había perecido, y contrajo matrimonio en 1826.

El Libertador propuso, y fué ascendido a General de Brigada en 1827.

Desempeñó en dos períodos el cargo de Magistrado de la Corte Marcial y fué elegido miembro de la Convención de Ocaña, pero su absoluta falta de salud no le permitió asistir.

Fuó enemigo de la Presidencia vitalicia propuesta en la Constitución boliviana, pero en la Noche de Septiembre, Vélez fué uno de los primeros que salieron a defender al Padre de la Patria.

La provincia de Neiva lo eligió diputado suplente al Congreso de 1829.

Retirado el Libertador en 1830, Vélez fué nombrado Gobernador de Boyacá, en previsión de sucesos adver-

sos; sirvió el puesto en abril y mayo. En agosto se posesionó de la comandancia de Cundinamarca hasta que fué derrotado el Gobierno legítimo.

El dictador Urdaneta lo espío en su casa del Valle de Tenza, mas en abril de 1831 tomó las armas y entró con el ejército restaurador en Bogotá.

Ejerció de nuevo la prefectura de Boyacá, y en julio de 1832 se retiró a la vida privada.

En la revolución de 1840 se encargó otra vez de la Gobernación de Tunja, levantó fuerzas, promovió la reacción constitucional y contribuyó a la acción decisiva de Neira.

Hasta principios de 1854 estuvo trabajando por la legitimidad en el Gobierno, por la disciplina en el ejército, batió en varios puntos a los revoltosos, hasta que cansado, enfermo y abatido por publicaciones necias, se retiró a su casa, escondida en Chapinero.

En abril de ese año la corrupción política entronizó la dictadura, y en junio, contra los años y contra los achaques, salió para Ibagué, donde se incorporó en las fuerzas de la legitimidad.

El 22 de noviembre combatió como soldado en el Puente de Bosa, en la vanguardia del batallón Salamina. Al día siguiente, en Fucha y Tresesquinas, contribuyó su fusil al último triunfo; allí recibió una herida en el pecho y con su propia mano extrajo el proyectil. Los antioqueños que formaban el batallón, dieron una medalla de oro a su compañero y un diploma al "soldado general Francisco de Paula Vélez".

Volvió al rincón de sus afectos y el 26 de noviembre de 1857 entregó su alma a Dios.

Esta es, a grandes rasgos, sin adjetivos, la historia de una de las vidas más nobles, más heroicas, más activas, más patriotas, más sufridas y más desinteresadas de nuestros anales. Hizo la primera campaña al lado de Bolívar, de Girardot, D'Eluyar, Ricaurte y Maza; la última con los varones más prestantes de la República.

Para que los datos anteriores tengan toda autoridad, los tomo de la biografía admirable que escribió D. Pedro Fernández Madrid.

Todos los héroes de la independencia han recibido honores condignos; solamente Vélez está olvidado, y sus restos, en una bóveda del cementerio central de Bo-

gotá, cubiertos con una lápida que la ingratitud ha tornado mugrosa y desteñida, que ninguna mano caritativa adorna ni ningún ciudadano recuerda. Ni Bogotá, su cuna, ni Venezuela, cuyo libertador fué, ni Colombia, a cuyo servicio consagró su vida, han cumplido la obligación que tienen para con su memoria.

Por eso, pido, respetuosamente, a la Academia Colombiana de Historia, que con su autoridad solicite del Congreso que se va a reunir, expida una ley que ordene que los restos del héroe de la independencia, General Francisco de Paula Vélez, sean extraídos de donde están y colocados en un monumento en mármol, en el Panteón Nacional, la Iglesia de la Vera-cruz, al lado de los demás fundadores de la Patria.

Medellín, 30 de junio de 1926.

Guillermo Jaramillo Btos.

EL CONGRESO BOLIVARIANO Y LA LIGA DE LAS NACIONES

Celebra hoy la América Latina el primer centenario del gran Congreso Panamericano que se reunió en Panamá el día 22 de junio de 1826, a iniciativa del Libertador.

Cosa muy fácil es registrar el hecho, así desnudo, sin desentrañar el mundo de dificultades que para reunir esa magna Asamblea hubo de vencer ese hombre providencial. Pero, remóntese la imaginación a esa época, y se comprenderá, al estudiar las ideas entonces imperantes en punto a solidaridad humana, que Bolívar fué un vidente, un anticipado, un apóstol, un genio. Cuán hermosa y verdadera se vuelve cada vez la bien tajada oración laudatoria del humilde levita de Pucará!

Hoy, en pleno siglo de las luces, después de aplacada la tormenta que en 1914 tronchó ferozmente el árbol de la humanidad, surge, en este mismo Continente, pero entre la población sajona del Norte, un apóstol de la solidaridad universal. Es Woodrow Wilson, el soñador que vino a profanar las tradiciones monroístas. De Monroe a Wilson hay un abismo insondable. Wilson es, para la gran masa de sus compatriotas, un traidor a las egoís-